

## RESEÑAS

Francisco Bravo. ÉTICA Y RAZÓN. Monte Ávila Editores, Caracas 1990. 280 Páginas.

El profesor Francisco Bravo, de la universidad Central de Venezuela, nos ofrece en esta obra una interesante y muy seria confrontación entre la doctrina ética de G. E. Moore y la de Aristóteles, lo que le permite no solamente una exposición de ambas doctrinas, sino también una interesante complementación mutua. Ambos pensadores buscaron, cada uno en su época, trazar un camino "entre la escila de un intelectualismo extremo y la caribdis de un anti-intelectualismo igualmente extremo." (Pág.213)

El libro se ocupa de tres grandes temas: el dominio de la ética, las metas de la filosofía moral y su *status* epistemológico, y finalmente los métodos de la teoría ética (ver IX). Sin embargo, la mayor parte del texto, los cinco primeros capítulos, están dedicados al primero de estos temas. En ellos expone con gran cuidado, y en forma de interesante contrapunto, lo que uno y otro autor considera como *el dominio propio de la consideración ética*. Para Moore se trata ante todo de dilucidar qué es 'bueno' y desde allí presenta su crítica a la concepción aristotélica, tachándola de caer en la 'falacia naturalista', por considerar las virtudes como valores intrínsecos y por sostener que la *theoria* es lo único bueno en sí mismo. Esto da pie a Bravo para exponer en detalle la concepción del Estagirita y señalar cómo ella trata ante todo de comprender la acción humana, de analizar la decisión correcta y de especificar el fin último de esa decisión. De ahí la conexión irrompible entre ética y psicología o antropología. Por otra parte, resulta indispensable subrayar el carácter inacabado de la teoría ética en Aristóteles. Si se tiene en cuenta la evolución de su pensamiento, se puede ver que "...hay una ética correspondiente a la psicología 'idealista' contenida en el Protréptico ... hay también una ética correspondiente a la psicología 'instrumentalista' que abarca... la ética de la *Ética a Nicómaco* y de la *Ética a Eudemo*. Pero que no hay una ética fundada en la psicología 'hilemorfista' " (Pág.32).

Ahora bien, como el interés primordial de Bravo, en ésta confrontación, está en dilucidar los problemas inherentes a una ética de carácter cognitivista pasa, entonces, en los dos capítulos siguientes (2-3), a estudiar lo que considera la paradoja más interesante de las tesis moorianas: el carácter indefinible de 'bueno'. En efecto, Moore considera que 'bueno' es el término propio de una ética científica y que su estudio es condición necesaria para determinar el dominio de esa ética, pero simultáneamente declara que dicho término es indefinible. No

entraremos a detallar los análisis de esos dos capítulos en los que, continuando con su contrapunto, enfrenta a la tesis mooriana las consideraciones de Aristóteles para concluir que “‘bueno’ es indefinible (para Aristóteles) no por ser *simple*, como sostiene Moore, es decir, por ser inanalizable mediante el análisis de materia y forma (propio de las sustancias) y el de causa y efecto (propio de los eventos), sino por ser *inclasificable*, es decir, por ser inanalizable mediante el análisis de género y diferencia” (Pág.99).

Esta indefinibilidad de ‘bueno’, sin embargo, no descarta, para ninguno de los dos autores, la pregunta por el bien en su sentido primario, “pues, indefinible es ‘bueno’ y no ‘lo bueno’, que, sea cual fuere su *status*, es una entidad compleja y por tanto analizable” (Pág. 101). Aquí el contrapunto se invierte y es Aristóteles quien toma la voz cantante, a la que responderá Moore. Un análisis detallado de la *Eudaimonia* aristotélica y de su teoría de las causas nos muestra cómo se estructura el bien supremo en el hombre: La causa *formal* es la filosofía, cuyo ejercicio es la contemplación, y la causa *material* está constituida, por una parte, por las virtudes morales tal como las define el hombre prudente y, por la otra, por el placer que se sigue del obrar virtuosamente y de su contemplación; a su vez la causa *eficiente* es la prudencia, que ejerce su eficiencia sobre las virtudes e indirectamente sobre la felicidad, y la causa final es la *sophia*.

Frente a este “intelectualismo activo y hedonista” (Pág. 144), Moore busca la determinación del ideal como “un todo complejo compuesto de todo lo que es bueno en sumas infinitas” (Pág.133), pero, al intentar especificarlo se ve conducido hacia un hedonismo estético. En efecto, aunque combate expresamente la tesis de que nada es bueno fuera del placer, considera que el bien del hombre está compuesto de placer y belleza en unidad indisoluble; y, yendo más allá de la tesis platónica de que todo lo bueno es bello y de que no hay belleza sin medida, propugna por “un idealismo ético que es hedonista en la medida en que es un idealismo estético.” (Pág.144)

Una vez aclarado lo que uno y otro autor consideran como el dominio de la ética, Bravo pasa a considerar el segundo tema: *las metas de la ética y su status epistemológico*. De nuevo es Moore a quien corresponde establecer el tema central. La pretensión de elaborar una ética científica plantea necesariamente la cuestión sobre su *status* epistemológico y obliga a examinar si en realidad lo que se logra no es una meta-ética. Contra esta interpretación, J. Hill propuso una lectura según la cual la verdadera intención de Moore estaba, no en dilucidar qué es ‘bueno’, como lo pensó inicialmente, sino que fue evolucionando hacia el esclarecimiento de lo que es ‘correcto’, es decir, que en lugar de una meta-ética se fue convirtiendo en una meta-moral. Analizados los textos y los argumentos, Bravo concluye: “...la ética mooriana no es ni sólo meta-ética como han pretendido algunos de sus críticos, ni sólo meta-moral, como sostiene Hill, sino, a la vez meta-moral y meta-ética” (Pág.158).

“De lo dicho se sigue —comenta Bravo— que la ética mooriana es primordialmente teórica: se concibe como ciencia y tiene como meta fundamental el conocimiento de qué significa ‘bueno’. Sólo en un momento ulterior averigua también qué clase de cosas son buenas y qué clase de acciones son correctas” (Pág.159). ¿Y qué decir de Aristóteles? Bravo analiza con gran cuidado la cuestión, confrontando los aspectos teóricos y los aspectos prácticos de las tesis Aristotélicas, para concluir que se trata igualmente de una ética cognitivista en la cual existe una “verdad ética” tanto en relación con los fines, como en la relación con los medios; pero cuyo carácter cognitivista la capacita para dialogar fructuosamente con las éticas no cognitivistas de la actualidad.

Por último el libro de Bravo estudia el tercer tema: *los métodos en la ética*; y, en primer lugar, el método general de análisis presente en ambos, no obstante su diversa concepción de lo que entienden por análisis. Pasa luego revista a los métodos para descubrir los principios morales, métodos que confluyen en la intuición; y a los métodos para inferir las conclusiones morales, que para Moore es un cálculo de valores y medios, mientras que para Aristóteles se trata de un silogismo práctico.

Con este somero resumen hemos querido ofrecer una idea general de los principales temas estudiados, cuyo tratamiento no revela únicamente un conocimiento profundo de los textos de uno y otro autor, sino también un manejo realmente sólido de la bibliografía secundaria: los comentaristas de Aristóteles y la abundante literatura referente a la obra de Moore. A ello debemos agregar un dominio muy flexible del lenguaje, que hace de esta obra un texto de agradable lectura, claro y preciso.

En cuanto a las conclusiones, éstas se ordenan en tesis en seis grupos, pero solamente mencionaremos el objetivo central del libro: tomar posición frente al cognitivismo ético, o mejor, en favor del mismo. En este sentido, Bravo se propone corregir con Aristóteles las insuficiencias de la teoría ética de Moore, que dan pie a conclusiones anticognitivas pese a las intenciones cognitivas de su autor. En un juego de sutiles equilibrios y oportunas precisiones, vemos “las causas de que el cognitivismo mooriano haya terminado siendo una instigación al no-cognitivismo, y el aristotélico por el contrario, un dique de contención al desbordamiento de esta corriente” (Pág. 213). Y es ahí donde vemos el valor muy actual de este libro. Si recordamos el esfuerzo de A. MacIntyre (*Tras la Virtud*) por recuperar aspectos fundamentales de Aristóteles para reorientar la discusión ética actual, y la tesis de S. Hampshire, según la cual las únicas éticas que resisten hoy una prueba serían la de Aristóteles y la de Spinoza, podremos comprender mejor el valor de este cuidadoso estudio, que no debería pasar desapercibido para quienes se interesan en los temas éticos.

## RESEÑAS

Nos permitimos felicitar a la Editorial Monte Ávila por la difusión que viene haciendo, en su colección *Pensamiento Filosófico*, de excelentes obras en lengua española. Un solo punto vamos a criticar en este libro: el uso arbitrario del alfabeto griego y el abecedario latino para transcribir las citas de Aristóteles, con el agravante de frecuentes errores en el uso del primero.

Finalmente, una somera anotación a propósito de la segunda serie de conclusiones acerca de la suerte corrida por el cognitivismo aristotélico. “La decisión, nos dice Bravo, o la confluencia del deseo y del pensamiento, y punto de partida de la acción, es, por consiguiente, un pensamiento que desea y un deseo que piensa. No, por tanto, un pensamiento puro, como pretendería un no-cognitivismo igualmente extremo” (Pág.216). Y pocas líneas después trae como ejemplo de ética “plenamente cognitivista” a una “*etica more geometrico demonstrata* como la intentada por Platón, Spinoza y el mismo Moore” (Ibidem). Ahora bien, si leemos con atención el segundo libro de la *Ética* de Spinoza, sobre “la naturaleza y el origen del alma”, y en particular sus tesis finales (proposiciones 48 y 49), veremos que el planteamiento apunta a la identificación de entendimiento y voluntad y no a un “pensamiento puro”. Esta identificación puede resultarnos comprensible, si consideramos que una acción que no esté iluminada por el conocimiento no podría ser libre ni propiamente humana y que, por otra parte, tal acción no cabría concebirla como contraria a este entendimiento, ya que en tal caso carecería de razón suficiente. Salvo el caso, claro está, en que la voluntad se viera ‘arrastrada’ por las pasiones, en cuyo evento dejaría de ser una acción voluntaria, es decir, una acción propiamente humana. ¿No subyace, tal vez, a las formulaciones de Bravo una pretendida separación entre entendimiento y voluntad, injustificada e injustificable? y ¿no cabría buscar ahí el origen de muchos malos entendidos en la discusión actual acerca del cognitivismo ético? Pero ello nos conduciría a preguntarle al avezado conocedor de Aristóteles, como ha mostrado serlo el profesor Bravo, si realmente cabe en la concepción aristotélica algún género de distinción real o de separación entre voluntad y entendimiento, tal como el introducido por el pensamiento cristiano con su oscuro concepto de pecado; y si no estaría allí, en esa intromisión de la moral judeo-cristiana, una fuente inagotable de oscuridades.

Jorge Aurelio Díaz  
Profesor Asociado  
Departamento de Filosofía  
Universidad Nacional de Colombia